

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Decir lo que significa para Murcia el Entierro de la Sardina resulta empresa punto menos que imposible. Solo quien lo haya visto, sólo quien admiró sus bellezas, sólo quien acudió a nuestros festejos por él podrá formarse una idea aproximada de lo que representa.

Un forastero, ayer, hablando de esto, nos decía:—Se le quita al programa de Abril el Bando de la Huerta, y hay fiestas; se le quita la corrida de toros, y con restarte muchas personas, continúan habiendo; se le quita la Batalla de Flores, y siguen; mas se le quita la fantástica cabalgata que ha dado renombre a Murcia é inmediatamente mueren.

Y tenía mucha razón. Los festejos, exceptuado el Bando, pueden admirarse con mayor esplendor en otras capitales; pero el Entierro, dado caso que en la Coruña siga haciéndose, no, pues basta la región parece vestirse sus mejores galas para que resulte más brillante y espléndido.

Y que esto es así, así no lo probar la inusitada animación de ayer, probarlo el hecho de no dar resultado ninguno la campaña despiadada emprendida por algunos censores entusiasmados con su papel.

El Entierro de la Sardina es el número más atrayente y de mayor efecto de nuestras fiestas. Con él cada año acuden más viajeros a nuestra capital y se extiende nuestro nombre por España, presentándonos de otra manera distinta á como nos presentó Cervantes y más tarde algunos otros novelistas.

El de ayer, á pesar de que no había más que tres carrozas dignas de figurar en nuestro Entierro, resultó animadísimo. Como el tiempo había abonanzado, la capital estaba atestada de partidarios del atractivo festejo, que se preparaban poco á poco para tomar las mejores posiciones y poder presenciar á gusto el fastuoso desfile.

El público

Desde muy temprano, como el sol había mostrado su «rubicunda faz», las calles de la población comenzaron á animarse.

Una multitud de hombres y mujeres se ocupaban en colocar sillas en todas las calles del tránsito.

De la huerta, lentamente, comenzaban á llegar pelotones de huertanos, que poco á poco se estacionaban en la calle de la Trapería y plaza de Santo Domingo, para poder ver á su paso las carrozas.

Conforme pasaba el tiempo la multitud aumentaba, estrujándose por llegar al sitio donde formaría la comitiva.

En los balcones, puertas y terrados de las casas por donde había de pasar el Entierro se veían gran número de personas, predominando el sexo femenino, que estaba abundante y maravillosamente representado.

El murjio que ayer se vió es de lo que no se ve ni aún en Jueves Santo. Entre las mujeres de la huerta que acudieron á Murcia se veían infinidad de muchachas de extraordinaria belleza.

Primeros momentos

A las seis de la tarde no se podía dar un paso por la calle de la Trapería.

Los habitantes de media Murcia y de casi todo la huerta, amén de los forasteros, se prensaba concienzudamente por llegar á la plaza de Santo Domingo.

Muchas personas comenzaban á dar señales de impaciencia.

Entonces empezaron á llegar los gigantes Europa, Asia, Africa, la pareja de huertanos, la escolta de mariposas, la escolta de chimeneas, el monstruoso serpiente de 25 metros de largo, la escolta de cocodrilos, los patos, los enanos y cabezudos, los gastadores de la Sardina, los dragones, etc., etc.

La multitud se extendió por la plaza admirándose.

Al dar las siete comenzó á llegar la guardia civil, situándose en las boca-calles. Así que estuvieron guardadas las que desembocan en Santo Domingo, la policía principió á despejar, no dejando dentro del sitio destinado á la formación más que á las personas provistas del correspondiente pase, que al efecto había proporcionado la Junta á los periodistas y personas necesarias para la mejor formación del Entierro.

En este momento la Trapería presentaba un aspecto indescriptible.

Habían en ella unas 10.000 almas tantas como podían estar.

El desfile

Poco á poco comenzaron á llegar las carrozas.

Entonces principió el verdadero trabajo. Al fin se organizó la comitiva y un toque de corneta anunció la salida.

En la Trapería se hizo un momento de expectación solemne.

Apareció la guardia civil rompiendo marcha y la gente se echó hacia los lados, convirtiéndose en una trinchera de carne humana.

Después iba la banda de música del señor Raya.

Conducido por un heraldo á caballo apareció el hermoso estandarte de la Junta sardinería.

Después aparecía la famosa escuadra de gastadores de la Sardina, armada con instrumentos alusivos. Como en otros años ha gustado muchísimo éste.

A continuación figuraban los patos y enanos.

Luego los gigantes Europa y Africa, seguidos de dragones á caballo.

La banda de música de la Alberca anunciaba la carroza «La Pesca», de la cual es autor D. Angel Leante.

Representa esta carroza un peñasco abierto por su lado izquierdo, dando paso á un golpe de agua que se remansa frente á él, viéndose nadar dos cisnes. En su lado izquierdo lleva un ancla.

En el monte se ven mariscos y varios monstruos. En su parte alta vá Neptuno con su tridente. Desde el remanso al monte vá una red con peces.

La tripulaban los Sres. Lopez, Bolarin y Raya.

Detrás lleva la escolta de cocodrilos, seguida por los dos gigantes huertanos.

Sigue la carroza «La corte de Proserpina», hermosa y artísticamente compuesta por su autor D. Dionisio Sierra.

Produce sorprendente efecto, pues es una de las mejores.

Semeja una gran nube sobre un peñasco. En lo alto de la nube se vé un sillón en que se sienta Plutón. Por sobre su cabeza aparece un buho, revoloteando.

A los pies de Plutón, tendida, está Proserpina.

Desde el monte á las barandas del carro vá una cadena.

La tripulan los Sres. Sierra, Sánchez, Botella y Martínez.

La sigue una escolta de peces con la música de Beniján.

Luego va el estandarte de Marte, seguido de la carroza «Marte y Minerva».

Sobre un monte plumizo se ven á Marte y Minerva.

Por la parte posterior revolotean varias lechuzas.

En las estribaciones del monte reposan guerreros de varias épocas.

Por el poco frente que tiene esta carroza, se pierde su efecto.

Las bengalas hacen que se encubra este defecto.

Va tripulada por los Sres. Delgado, Florit, Navot y Lozano.

La escoltan varios guerreros seguidos por peces á caballo.

Un heraldo á caballo con paje, conduce el estandarte del centro pimentonero.

Música del Cabezo de Torres.

Al aparecer la carroza «Exportadores de Pimentón», es saludada con aplausos.

Resulta preciosa. Su autor es D. Sebastian Riera.

Esta carroza, con la Sardina y Proserpina, comparte dos honores del triunfo. Son las mejores de este año.

Representa un peñasco sobre el cual se vé una gran nube. En lo alto, sobre la rueda alada de la Fortuna, se vé á Mercurio. En la parte derecha, saliendo de un túnel, se vé una locomotora. Sobre el túnel se ve una diosa alegórica. A la izquierda entre las olas un gran trasatlántico, detrás del cual hay otra diosa. Detrás del carro, en un hueco del monte, va otra.

La tripulan los Sres. Cañada, Guirao, Macanás, Belmonte y García Mira.

Sigue el Serpiente, que no produce ni con mucho el efecto que se esperaba. Por su extensión y monotonía no agrada á nadie.

Aparece detrás el estandarte del centro de los comisionistas, seguido de su carroza, que tampoco es de efecto.

Semeja la esfera terrestre entre penumbra, llevando en lo alto á Mercurio.

En su parte derecha aparece un barquichuelo.

La tripulan los Sres. Martínez, Córcelos, Clares, Fernández, Prado, Llorach, Arroz y Sevilla.

Música de Espada.

Escolta de doce chimeneas, nueva este año. Algunas resultan de bastante efecto.

Estandarte de Vulcano, seguido de la carroza.

Se distingue este centro por la multitud de objetos que arroja y por los chisperos que consume.

El templete de la fragua se pierde por la oscuridad del color y por su insignificancia.

Componen la tripulación los Sres. Palazón, Altiénzar, Miñano, Bernal, Hidalgo y Abellán.

Escolta de mariposas.

Estandarte de la Sardina, seguido del centro.

Resulta hermosísima. Su autor es don José María Sanz.

Sin ningún género de dudas es el mejor que ha salido hasta aquí. Su efecto es maravilloso.

Representa un gran peñasco, desde el cual, luego de haberlo escalado, se arrojan al mar tres enormes monstruos alados, formando combas. Por bajo del más alto se vé una cesta dorada de pescados, dentro de la cual vá una niña. En las combas de los monstruos van dos niñas y un dios marino. Por el peñasco se vé como cae el agua.

Desde el suelo á lo alto vá una red repleta de pescados.

Música de Mirete y cierra la comitiva un piquete de la guardia civil.

Detrás de las carrozas van los bomberos.

Incidentes

En la plaza de Santo Domingo estuvo á pique de ser cogido por una carroza un hombre.

En la calle de San Lorenzo la carroza del Pimentón sufrió una pequeña peripecia en la casa del Estanco.

En la misma carroza, en la Plateria, estuvo á punto de ocurrir una desgracia, pues un carpintero que subió á apagar el acetileno porque iba rozando una de las instalaciones con la pared, por poco deja la cabeza en un balcón al arrancar el coche.

Por la serenidad del cocho en la plaza de la Carnicería no ocurrió otra desgracia. Al arrancar el carro cayó una mujer bajo las ruedas, no siendo atropellada porque se pudo parar los caballos á tiempo.

La apoteosis

A las doce menos cuarto se verificó la apoteosis en la Glorieta.

Se dispararon multitud de cohetes, empujándose los coches.

Después se quemó una ruidosa traca.

Las personas que presenciaron la apoteosis se calculan en más de 20.000 mil.

Han visto el entierro, según calculo aproximado, unas 100.000 almas.

Madrid al día

(De nuestro redactor-corresponsal)

Elecciones... Este es el tema político de actualidad, en que se barajan los intereses nacionales, las aspiraciones de partido, los personales deseos; todo ello se enlaza y entremezcla, sirviendo de pregon y portaestandarte á los candidatos, y aunque la jugada está bien vista, se echan las suertes por un prurito de legalidad, y el Gobierno le dice al cuerpo electoral: ¡elijan!

Las cartas están sobre la mesa. Veremos quien se lleva el triunfo. Por lo pronto, si puede asegurarse que la contienda ha de ser laboriosa y animada.

Por muchas que sean las artes que el distinguido «crupler» Sr. Maura (que es el que ahora talla) emplee para tirarnos el pego, los puntos están apercebidos, y no se dejarán desbalijar fácilmente.

Los partidos todos acuden á la lucha con decisión y arrestos. En Madrid los republicanos, en el Norte los carlistas, en Levante los demócratas, y en todas las demás regiones, los elementos que, aún dentro de la legalidad, están frente al Gobierno, se aprestan á dar la batalla, y á vender cara su existencia parlamentaria en las futuras cortes. El Ministerio tampoco se descuida, á qué recordar la serie de violencias y atropellos cometidos, para favorecer en los distritos á los adictos? Dijérase que el

Sr. Maura, endiosado y ensoberbecido pretende crear unas Cámaras á su completa imagen y semejanza y rememorar la frase famosa de Luis XVI: «El Estado soy yo», diciendo ante la Nación atónita: «Yo soy el Parlamento».

Ahora bien, que esa hegemonía, ese autoritarismo, puede ser contraproducente. 300 diputados de mayoría afirman que quiere traer el olímpico jefe del Gobierno, y eso equivale á anular en las Cortes el esfuerzo y la acción de las oposiciones. Y preguntemos: ¿No afecta esto á la esencia misma del régimen parlamentario? ¿Es fecunda, y fructífera la gestión de las Cámaras, sin la colaboración fiscalizadora y eficaz de minorías bien constituidas?

Lo que el Sr. Maura persigue está bien claro: trata de instaurar el régimen de absolutismo dentro de las entrañas mismas de la democracia. Y eso es un crimen y una profanación. Valiera más que francamente, á cara descubierta, abogase por las doctrinas reaccionarias, poniendo en práctica los procedimientos de la arbitrariedad y del despotismo.

Pero, como antes queda dicho, no ha de irse de rositas. Republicanos, demócratas, liberales, le salen al encuentro, dispuestos á darle un disgusto serio.

¡Elijan! Ese es el grito de guerra. Hay oros y espadas en el tapete; habrá también copas; pero á nadie le cabe duda, de que pueden salir á relucir los bastos.

RAFAEL MAROTO.

31 Marzo 1907.

El hombre que ríe

Victor Hugo no ha de salir del Panteón histórico para censurarme esta pequeña usurpación que hago apropiándome el título de su obra tan famosa.

Profanación si es, traer á tan baja estirpe de creaciones literarias un tan honroso título, que tamizado en el áspero de la crítica, brilla fulgurante en los imperios luminosos de la posteridad.

Pero... no intención mía ha sido hacer historia de lo que historiado fué con acierto y justicia aunque mis plantas pesadas palinando como una maldición eterna por los hielos plebeyos, no son obstáculo á la marcha vertiginosa de mi pensamiento que roza las nubes.

Con unos garabatos toscos; á trozos nerviosos é inseguros como reflejo de mí ser, quise hacer la silueta de un hombre á quien por extraña paradoja admiro.

Es una nueva serie de caricaturas que emprendo con asentimiento que supongo de los caricaturizados y con el terror que aseguro de los caricaturizables.

Las alas de mi Payaso van forradas de acero y éste á modo de ariso sólo rige con los hampones depravados de la «mangramonería».

Prosigo. «El hombre que ríe» es de estatura bajo (de los llamados de tap'n) de pelo rojo, de ojos aviesos y picarescos, de nariz semi-griega y lleva en los días de gala cuando se enfunda en un gabán de luces, un sombrero hongo que tiene un agujero histórico en un ala.

Un día sin otro lleva barba, y dírase al observar su frondosa cabellera que toda la plétor de su inteligencia clara es abono fecundo de su soberbia azafrañesca mata que tanto envidio.

Una señal extraordinariamente rara le señala ventajosamente como á privilegiado de divino don y le separa de los hombres que comulgan en la «sideral» religión de la tristeza.

Sus labios (que pusieron sello y rúbrica á tantas conquistas), ocultos á veces bajo el bigote espeso y largo como un interminable látigo, no se despliega si no para reír... y yo no los he visto aún pegados.

Miento. Los he visto pegados y aun apretados nerviosamente en contracción extraña cuando la figura antipática de algún «Abut-Tadín» favorecido, ha desviado con olímpico gesto la marcha descendente de un corazón de odalisca rendida.

Mas el sacrificio de su vida ha sido fugaz. Conquistador impenitente, su derrota es nuevo estímulo y tras breve cavilación al gesto duro ha sustituido la sonrisa eterna y los dedos convulsos han dejado de acariciar los lomos pulidos de la oculta ametralladora salvocundocto de su honor.

Pero «El hombre que ríe», aristócrata del sentimiento, ha descendido al caos de las plebeyas pasiones manchando con tan pomposas exuberancias de un gigantesco me-

rengue la alburia eucarística de unos bellos amores románticos.

¿Cómo tal?

Si, «El hombre que ríe» una vez en su vida ha sido vulgar. Yo he sentido sobre mí, como el peso aplastante de una losa sepulcral este desquiciamiento de su dorada leyenda fantástica.

He llegado hasta él, y al preguntarle, el competidor famoso de Miguelito Tejada amortiguado surgir de un risco que tiene sonidos metálicos de batalla, en llana cachazudo y sentencié:—Por ella todo, lo to hasta el tesoro inmenso oculto en el desván que acericia con sus coces frenéticas mi pobre burro enfermo.

¡Un tesoro! He preguntado aún su íntimo en misteriosos secretos, que padece de gesto-manía y este, montando en grotesca mueca el labio inferior sobre el superior ha dicho displicente.

Más loco que una cabra sin abuela ¿No sabes? yo le ayudo; los trabajos no matan... la cartulina... ¿Sabes quien digo?—Un trozo de cajas de fósforos vacías... ¡Tú me comprendes lo que te quiero decir! Es per-severante... y llegará.

«El hombre que ríe» pudo ser dignamente coleccionista de todo menos de cajas vacías. ¡Oh poder de los odaliscos! Monomaniaco y desgranando los relumbrones de leyenda dorada por las esquinas silenciosas; á la luz de la luna cuando la favorita de «Abut-Fadín» arrebuñada en sus días de arminio pasea sicalípticamente galanteada por un vasallo dando al olvido las exuberancias vaporosas del merengue plebeyo.

«El hombre que ríe» se deleitará en jugando con el grave autor de los días de la pérdida, cuando mi Payaso batiendo sus alas aceradas me lleve á las eternas regiones donde las balas no llegan.

FEDERICO A. BRAVO.

Revista del mercado

LONDRES.

Naranja.—En venta ayer sobre 10.000 bultos de Valencia, Denia y Murcia, siendo estos los restos del «Garnet», parte del «San Fulgencio» y el cargamento del «Annie».

Los vapores «Garnet» y «Annie» hicieron la peor entrega de la temporada, siendo la mayoría de la fruta ordinaria, sucia y podrida. Está claro que con fruta de esta especie sobre el mercado, los precios no pueden subir y á no ser que la naranja en camino sea de mejor calidad y condición, no veo perspectiva de mejora.

Para fruta regularmente sana, buena ordinaria, los precios son:

Cajas de 420 ordinarias de 5 chelines 3 peniques á 7 chelines 3 peniques.

Cajas de 714 largas de 7 chelines 9 peniques á 10 chelines 6 peniques.

Para después de las fiestas tenemos bastante naranja, habiendo llegado los siguientes vapores ó estando por llegar:

«Diamond», «Cid», «Príncipe-Albert», «Douro», «Santa Florentina» y «Adjutant» con unas 35.000 cajas de naranja.

Cebolla.—La demanda continúa floja á los siguientes precios:

4 s de 5 chelines á 5 chelines 6 peniques.

5 s de 5 chelines 6 peniques á 5 chelines 9 peniques.

5 s de 5 chelines 6 peniques á 5 chelines 9 peniques.

El vapor «Annie» descargó la cebolla en mala condición, toda creciendo más ó menos y en algunas instancias muy grillada.

El tiempo actual es templado y este favorece poco este artículo.

La próxima subasta tendrá lugar el miércoles próximo 3 de Abril.

SANTIAGO NEUHOFER.

28 Marzo 1907.

CUENTO

LOS DOS IDIOTAS

Habo una vez dos hermanos poco listos, pues sin querer pegaron fuego